
LA ESTRELLA DE CHILE

LA

ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO UNDECIMO

1877-1878

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA DE "LA ESTRELLA DE CHILE"

19 J.-AGUSTINAS.-19 J.

1877

MI AMADA.

Cual besa el ave tímida las olas
Que corona la espuma,
Cual jira el aura enamorada a solas
En torno de la flor que la perfuma,

Fué brotando mi amor en el silencio,
I cerca de mi amada:
Por eso vivo de mi amor cantando,
Mi triste corazón es su morada.

Yo la veo al fondo de los mares
Que mecen su cabello,
Cual sirena de májicos cantares
De verdes ojos i marmóreo cuello.

La veo en el azul del firmamento
Fujitiva i leve
Cual blanca gasa que acaricia el viento
I el viento apénas a besar se atreve.

Ella es el eco que en los bosques vaga,
Es la melancolía
Que abraza el pecho cual celeste maga,
Ella la luz, el aire, la alegría.

¡Ah! ¡no turbeis mis sueños
Murmillos de la vida!
¡Dejadme con mis májicos ensueños,
Que vive en ellos, solo, mi querida!

José A. PARDO.

LA MUSICA I LOS AFICIONADOS.

A MI QUERIDO AMIGO JOSÉ F. VERGARA DONOSO.

I.

LA MÚSICA ENTRE NOSOTROS.

Nada digo sobre la excelencia de la música por no fastidiar al lector, pues, si pertenece al infinito número de los aficionados, no necesitará de fijo que le hablen sobre una materia con la cual habrá cansado no pocas veces los oídos del prójimo, i si es de aquellos entes incomprensibles que hacen gala de insensibilidad musical, como si el tenerla fuera don mui singular, diria, al leer mis consideraciones: "Bueno está esto, pero..." Por manera que sin necesidad de introduccion paso adelante.

La ópera i los distinguidos profesores que suelen venir del extranjero, han dado a la música en estos últimos años un desarrollo que dia por dia va en aumento. La afición por este arte se ha extendido a todas las clases sociales, i no únicamente en los dorados salones se oyen los acordes del piano o las notas de una ária, que tambien el industrial los escucha con no ménos placer en su modesta casa. Los establecimientos para la enseñanza, que gozan de alguna reputacion, tienen, en su mayor parte, clase de canto i orquesta, formada por los mismos alumnos del establecimiento; las sociedades musicales que se han creado, si bien no han sido de larga duracion, no por eso han dejado de dar poderoso impulso a la filarmonia; el estudio del piano es indispensable en la educacion de toda señorita, i corto es el número de jóvenes que no sepa distraer sus horas de ocio o amenizar una reunion con el violin, el piano o la flauta.

Mas, si es a todas luces evidente lo mucho que se ha extendido la afición a la música i cuan crecido es el número de los que saben tocar algun instrumento, no puede decirse que otro tanto hayamos adelantado por lo que respecta a la cultura musical i al estudio de la ciencia. Como se verá mas adelante, el único tea-

tro lírico que entre nosotros existe, no corresponde como debiera al jeneral deseo de conocer las obras maestras, i como quiera que la ópera es lo que mas influye en nuestro gusto musical, no es de extrañar que lo tengamos poco delicado, máxime si se considera la carencia de otros lugares públicos en que pudieran oirse las producciones de los grandes maestros en jénero distinto de la ópera. Así, fuera de ciertos autores modernos, lo cual no quiere decir que sean los mas notables, le son jeneralmente desconocidos al público los demas, i en tal manera que no es raro encontrar a personas de grande aficion a la música, i, por otra parte, mui ilustradas, que ni siquiera tengan noticias de que hayan existido algunos de los mas eminentes jenios musicales.

Para nadie es objeto de especial estudio la ciencia de la música. Ningun compositor ha habido entre nosotros, pues no merecen tal nombre los autores de algunos valeses, polkas o marchas que han visto la luz pública i para cuya música trivial e insulsa no se necesita mucho saber ni mucho ingenio. Reducido está entre nosotros dicho estudio al conocimiento del canto o de algun instrumento, i escasísimo es el número de aquellos que, para adquirir alguna perfeccion como ejecutantes, se dedican a la armonía, sin la cual es imposible analizar i comprender aun aquellas composiciones de sencillo mecanismo; i por esta razon se ve a los que tocan un instrumento, llegar a un punto en que se estacionan, lo cual les fastidia, como es natural, hasta que por fin abandonan la música mas o ménos por completo.

Si uno averigua las causas de lo último que acabo de exponer, no las encontrará ni en la falta de aficion, ni en la falta de profesores, pues aquí los hai bastante competentes i que, si no podrian dar talvez una educacion musical completa, suministrarian las suficientes luces para que, con poco tiempo de estudio en otros paises mas adelantados, se alcanzara cierta perfeccion, sino de que a la música no se da mas importancia de la que corresponde a un simple ramo de adorno. Creeríase que perdía miserablemente su tiempo el que, en vez de dedicarse a la abogacía, a la medicina o a las matemáticas, se entregase al árido i complicado estudio de la composicion; i tanto es así, que cuando algun niño revela dotes extraordinarias, no digo para el estudio de la ciencia en que me ocupo, sino para ser ejecutante, sus padres, en vez de estimularlo a que siga ese camino que talvez lo llevaria a la gloria, procuran, por cuantos medios están a su alcance, arrancarle esa inclinacion. ¿Qué podrá ser, se preguntan, i para qué sirve el que no es médico, abogado o ingeniero? Para nada, se contestan con envidiable plomo, i la verdad es que los grandes jenios que ha habido en el mundo no fueron ninguna de las tres cosas.

Agréguese a esto que por lo mismo que nadie se dedica exclusivamente a la ciencia musical, demandaria su estudio crecidos

gastos, que no seria fácil ver pronto reembolsados. Nadie, pues, aspira a ser mas que un ejecutante de mayor o menor fuerza, lo cual le permite gozar desde luego de los efectos de su estudio i no le quita tiempo para dedicarse a una de las tres famosas carreras i alcanzar la palma de la sabiduría.

Como lo indiqué mas arriba, los instrumentos que gozan de mayor predileccion son el piano, el violin i la flauta. Los dos últimos están monopolizados en manos de los hombres; el primero es el que mas boga ha alcanzado aquí como en todas partes, i no hai niña que no sepa tocarlo (hablo con la debida exajeracion) i entre los jóvenes cuenta con gran número de aficionados.

Si el piano solo puede prolongar los sonidos de mui imperfecta manera, tiene, en cambio, la gran ventaja de hacer oír varias partes a un mismo tiempo i, en consecuencia, permite apreciar los efectos armónicos de las composiciones. Una melodía, por hermosísima que sea, luego cansa si carece de un bajo en que apoyarse, i así, por ejemplo, para que agraden el violin i la flauta en una sala, han menester de que el piano los acompañe, instrumento que, por otra parte, es el mas conveniente para acompañar a los demas o al canto en lugares de extension reducida. Como son por extremo raros los pasajes que no pueda reproducir el piano, préstase de un modo bastante satisfactorio para reducir las partituras, i mediante su auxilio puede el aficionado a la música de teatro recordar los trozos de una ópera o prepararse a escucharla. Aun sin considerar el doble efecto que produce dicho instrumento cuando se le toca a cuatro manos, merece, pues, sobradamente la gran popularidad de que goza i ningun rival le disputa la supremacía en los salones.

Prodijioso es el número de las obras que se ha escrito i se escribe para el piano. Los clásicos han dejado en la multitud de sonatas, conciertos, rondós, etc., que para él compusieron, monumentos imperecederos de su jenio. Por desgracia, la música para piano se ha apartado, en estos últimos tiempos, de aquellos sublimes modelos i se ha convertido en una música frívola i chabacana que ha introducido el mal gusto i que, merced a él, tiene cada dia mayor aceptacion. La música clásica i la de insignes pianistas que suele oirse, redúcese jeneralmente a las siguientes composiciones: la *Sonata patética* de Beethoven, el *Concierto-stück* de Weber, el *Rondó caprichoso* de Mendelsshon, tal cual valse de Chopin o su *Marcha fúnebre*, que se encuentra en la sonata en *si bemol*, i algunas piezas de Litz, Thalberg i Gottschalk. Este último es el mas conocido, sin que por eso sea el mejor interpretado. Aun cuando a las veces no ofrece su música dificultades mecánicas, en cambio, para darle la expresion conveniente, se necesita delicadísimo gusto, exquisita sensibilidad i ejecucion intachable; de lo contrario resulta una monotonía que hace perder todo el mérito a la composicion.

Salvo las pocas excepciones que acabo de indicar, el mal gusto reina por do quiera entre nosotros: solo se oye en los salones música de baile i de género (1) de la peor especie. Seria dar mucha extension a estas líneas si entrase a manifestar cómo es que la música clásica es la única, vamos al decir, que puede formar un buen ejecutante, i cuan errados van los que creen alcanzar alguna perfeccion dedicándose tan solo a esa música vulgarísima que atesta los escaparates de las tiendas i forma los álbums de la jeneralidad de los aficionados. Gran recurso para ganar dinero i pasar plaza de compositor entre los ignorantes, es escribir esas fantasías sobre temas de ópera o esos aires variados, que revelan en sus autores la falta de ideas propias, puesto que para presentarse como tales necesitan echar mano de ajenas invenciones. ¿Qué ingenio hai en tomar un motivo de ópera, adornarlo de un modo extravagante, variarlo con pésimo gusto i enlazarlo con otro motivo de cualquier manera? ¿I qué placer puede hallar un aficionado de buen gusto al oír una de esas transcripciones malamente hechas, despues de haber escuchado la ópera ejecutada por buenos artistas i una orquesta? La música clásica con su rica armonía, con sus melodías llenas de sentimiento, con su estilo siempre elevado, natural i sencillo, con su precision i hasta con las dificultades mecánicas que jeneralmente ofrece, enjendra i pulimenta el buen gusto, acostumbra a dar a las notas su justo valor, fuerza al que la cultiva a penetrar las ideas del autor, a desenredar el pensamiento principal de los otros que le rodean i dar a cada uno la importancia debida; desde el punto de vista mecánico, es increíble lo que aumenta la soltura, fuerza i ajilidad de los dedos. Deberian los profesores de piano no hacer caso de la moda i poner cuanto estuviera de su parte para llevar desde el principio a sus alumnos por la senda del buen gusto, i alejarlos de esa pobrísima música de baile i de género que, sin traer provecho alguno, pervierte la buena organizacion musical. Bien comprenderá el lector que, al decir esto, no me refiero a las obras de Thalberg, Litz, Herz i de otros eminentes virtuosos, cuyo mérito es imposible desconocer; ni he querido decir que deba abandonarse la música de baile, puesto que entra en toda alegría; ni las reducciones de la música de teatro, que son indispensables para el aficionado a la ópera, i lo mismo advierto por lo que respecta a las fantasías i demas música de género, pues bueno es conocer todos los estilos i no es raro encontrar hermosas inspiraciones en las obras de un autor oscuro; pero, entre tomar así las cosas i hacer, como aquí sucede, de dichos géneros de música exclusivo objeto del estudio del piano, hai una

(1) Comprende esta denominacion todas aquellas composiciones modernas que no obedecen en su forma o estructura a determinadas reglas; tales son las que mas adelante se mencionan, los nocturnos, *impromptus*, caprichos, romances sin palabras, etc. La sonata, por ejemplo, se ajusta a ciertas prescripciones jenerales.

enorme diferencia. El que se dedica a la literatura no deja de leer las producciones que diariamente aparecen; pero estudia únicamente a los clásicos o a los que a ellos se acercan. Nadie titubearia en mandar a la cárcel al que buscara sano alimento para su intelijencia i la perfeccion de su gusto literario en esas novelas que forman las delicias de las mujeres románticas i de los sirvientes que saben leer, i que no abriese un solo libro clásico fundándose en que no lo entendia, lo cual nada tiene de raro, pues cuando uno se acostumbra a las vulgaridades, apócase la intelijencia i no puede ya comprender, sin grande esfuerzo, las creaciones del jenio.

Si entramos ahora a examinar la manera cómo se toca el piano, encontraremos multitud de errores en que casi nadie repara a causa de lo comun que es cometerlos. Enumeraré algunos.

Que el pedal (hablo del correspondiente al pié derecho) aumenta la intensidad del sonido, es creencia tan comun, que son por extremo raros los aficionados que no lo emplean al encontrar las indicaciones de *f* o *ff*.

El pedal tiene por objeto prolongar el sonido i aumenta al mismo tiempo su volúmen, lo cual es causa del error en que me ocupo; pero de ninguna manera influye en su intensidad. Obtiénese ésta en mayor o menor grado segun la fuerza con que se da en la tecla. Debe, pues, observarse con toda escrupulosidad el signo que indica el levantamiento del pedal, pues de lo contrario se prolongan sonidos discordantes i resulta una confusion que, si bien se escapa a ciertos oídos poco delicados o forma las delicias de las orejas de paila rota, es intolerable para cualquier oído sensible.

El pedal correspondiente al pié izquierdo o sordina, suprime dos cuerdas de las tres que corresponden a la tecla i, en consecuencia, cambia la calidad del sonido, apagándolo considerablemente. Preciso es confesar que tambien se abusa demasiado de la sordina. ¿Hai en la pieza algun pasaje *p* o *pp*? Inmediatamente se recurre al pedal izquierdo. Para usarlo con acierto es menester grande habilidad, pues choca esa repentina variacion del timbre del sonido. Segun el jeneral sentir de los pianistas, es preferible arrancar sonidos suaves o apagados con solo el auxilio de los dedos.

Muchas personas, especialmente las mujeres, buscan únicamente en el piano un modo de lucir su ajilidad i se dedican, por tanto, a aquellas piezas en que viene un tema, casi siempre de ajeno autor, seguido de variaciones, a traves de las cuales se distingue el aire principal. Deben, en consecuencia, aquéllas, guardar el movimiento que a éste corresponde; pero, mui distinta cosa es lo que ordinariamente se ve. Como el asunto es lucirse, si las variaciones son fáciles para el ejecutante, apura el movimiento lo mas posible, por manera que si el tema es andante, se

le convierte en allegro sin el menor escrúpulo; si son difíciles, se le convierte en adagio, o se acelera i retarda el movimiento de un mismo trozo, segun las dificultades que se presentan. En estos casos es cuando mas frecuentemente se recurre al pedal para encubrir los defectos de una mala ejecucion. Demas de esto, casi nunca se procura hacer sobresalir el tema entre las variaciones; i, por otra parte, no es únicamente en ella donde se tiene la manía de tocar lo mas lijero posible, que esto lo vemos en toda pieza, cuyo mecanismo se posee bien o se cree poseer.

Defecto jeneral en las niñas que tocan piano, es una vaguedad, molicie o falta de fuerzas en la manera de arrancar los sonidos, lo cual, si bien no es impropio en algunos casos, es enteramente inadecuado en otros. Así, pocas veces se oye un *allegro con brio* o *risoluto* bien tocado por manos femeniles: hai entónces necesidad de cierto nervio, empuje i precision de que aquéllas carecen. Los hombres, al contrario, abundan en estas cualidades i, cuando desplagan ellos todo su poder en los rasgos brillantes, en los contrastes musicales, en los finales bulliciosos de una obertura, llegan hasta inspirar a la dueña de casa sérios temores de que el instrumentono salga sin avería de la prueba a que lo someten.

Costumbre detestable, fundada en una necia economía, es la de conservar en las casas los pianos que se han inutilizado por un largo uso, para que en ellos se estudie. Lo que con esto se consigue es que el alumno pierda el oido i se fastidie de la música. Debe estudiarse, por el contrario, en un buen instrumento que, en cuanto sea posible, ha de mantenerse afinado. Felizmente esa costumbre va desapareciendo poco a poco. (1)

Sobre el violin i la flauta casi nada hai que decir, pues la jeneralidad de los jóvenes aficionados, a causa de los negocios o de estudios preferentes, solo en los ratos perdidos se dedican a esos instrumentos i poco se cuidan de adelantar en ellos. Salvo pocas excepciones, la música para violin o flauta, se reduce en su totalidad a fantasías sobre temas de ópera. Los autores favoritos de los aficionados al violin son Alard, Singelée, Beriot i Dancla; la

(1) Permítaseme decir aquí dos palabras sobre cierta música que suele oirse en las iglesias. De poco tiempo a esta parte, se ha tenido la buena idea de desterrar de ellas el piano i reemplazarlo por el harmonium; pero, a decir verdad, no sabria decir si ha habido ganancia en el cambio. La habria i mucho si las personas que se ofrecen a tocar buscasen en las tiendas música para harmonium, que la hai bastante buena, i si tomasen algunas lecciones sobre el uso de los registros, pues los que el harmonium tiene no son para adorno de la caja ni para recrear la vista, sino para emplearlos cuando sea menester. Sumamente impropio es tocar en la iglesia bailes i trozos de ópera, i mas impropio, si cabe, es tocarlos de la horrible manera que jeneralmente se oye; no parece sino que se creyera que los fieles dejan sus oidos al ladito afuera de la iglesia. Bueno seria que se les tuviera compasion en este punto, i que se tocara de un modo mas decente. Nótese, por otra parte, que están mui equivocadas las personas que se creen con autorizacion para hacer garabatos en el harmonium, fundándose en que nadie se fija.

música mas conocida para flauta es la de Galli, Goriboldi, mui pocas piezas de Thoulou, etc.

El canto no es cultivado entre los jóvenes; pero nunca falta en los salones alguna señorita que amenice la reunion con los atractivos de su voz. A ellas me permitiria aconsejarles que se dejasen de cantar trozos de las óperas que se representan, pues luego se compara el mérito de la cantante que actualmente se oye con las artistas de la víspera, fi de seguro no saldrá aquélla ganando en la comparacion, no tanto, si se quiere, por la menor excelencia de la voz, como por la falta de orquesta, de aparato teatral i de accion dramática.

Aunque entre las canciones españolas hai muchas cuya música es bastante vulgar, no es difícil encontrar algunas llenas del salero andaluz i que así recrean el oido como alegran el corazon. Sobre manera ridículo es oír cantar el delirio de *Lucía*, por ejemplo, a una señorita que se acompaña ella misma en el piano, mui bien peinada, con los ojos fijos en un punto de la pared, que guarda en toda su persona el mayor orden i compostura, i que les cuenta con bastante despreocupacion a las cornisas cómo ella ha sido víctima de un cruel hermano.

En las fiestas cívicas suele llegar a conocimiento del público que, en tales i cuales ocasiones, darán muestra de sus adelantos los alumnos de un Conservatorio de Música que entre nosotros existe. El tal Conservatorio ocupa un edificio asaz decente, en cuya fachada, para indicar que ahí dentro se enseña música, se lee en gruesos caractéres: *Guardia Nacional. Batallon Núm. 2.* Como yo no sé mas noticias de las que sabe el público en jeneral sobre la marcha de dicho establecimiento, aquí me quedo en punto a Conservatorio.

II.

LOS MELÓMANOS.

Así llamamos a los que poseen en alto grado la afinacion de la música; se les da especialmente el nombre de *dilettanti*, cuando solo gustan de la italiana; pero se aplica indistintamente aquella voz a todos los melómanos. Divídense en tres clases: el puro aficionado, el intelijente i el ejecutante. Cualidad distintiva del puro aficionado es no entender palabra de música. Los caractéres con que ésta se escribe son griego pa-

ra él, i no se explica cómo diablos ve dos renglones a un mismo tiempo el que toca piano. Confiesa públicamente su aversion a la música alemana por incomprensible, i es partidario decidido de la melodía italiana i de la viva i espiritual música francesa. Aficionados de esta clase hai que tienen especial predilección por las melodías tristes i románticas: dicen éstos que se mueren al oír el *Addio del passato* o el *Parigi, o cara, noi lasceremo* de *La Traviata*, i siempre tararean: *Di Provenza il mar* de la misma ópera. La ya nombrada *Lucia*, *Trovador* i *Rigoletto*, son las que les causan mayores delicias. Siempre que en una reunion está alguien sentado al piano, luego esta especie de puros aficionados se traslada con su silla al lado del instrumento i pide una cosa.... así.... tristecita. Tócanse, i es entónces de ver la cara que pone, cómo exclama: ¡Ah! ¡Oh! ¡Qué lindo! ¡Me asesina Ud. con esa música! Me parece que la he oído; pero nó.... Siga Ud. tocando. Tenga Ud. la bondad de repetir....; i tambien es de oír la manera como trata de acompañar por lo bajo i con voz tan enternecida como desentonada la melodía que se toca.

Tales individuos tienen, por otra parte, un gusto mucho mas delicado i un oído mas fino que aquellos a quienes solo agrada la música bulliciosa, alegre i de acentuado ritmo. Siempre andan éstos tras de los valeses, habaneras, cuadrillas, etc.; jamas encuentran fea una marcha, i, en jeneral, puede decirse que juzgan de la música segun la bulla que produce. Cuando se toca a jente de esta especie, puede impunemente mantenerse el pedal desde el principio hasta el fin de la pieza; puede retardarse o acelerarse el movimiento *ad libitum*; nadie vuelva atras si se ha tocado una nota falsa, que no por eso dejarán de exclamar con aire de inteligente admiracion: ¡Bravísimo! I la pieza no parece tan facil.... Cuando ésta no tiene un final brillante, creen que le falta algo.

El puro aficionado, constantemente se queja de sus padres que no le hicieron estudiar música en el colejio, pues, de lo contrario, en la hora presente seria un ejecutante de primer orden. Consuélanse algunos de este descuido tocando el piano *de oído*, i no faltan quienes alcancen a aprender alguna polka o trocitos sueltos de ópera, sin que ello obste para que a los cuantos compases estén cubiertos de sudor por el trabajo que les cuesta vencer la natural rudeza de los dedos. Los que no pueden hacer igual cosa por falta de paciencia, simplifican el estudio del piano tocando con solo un dedo, para lo cual elijen con preferencia el índice.

Cuando oye por primera vez una ópera, como no sabe distinguir en qué parte principia i en cuál termina una cavatina, un coro, un duo o un simple recitado, i todo lo confunde, quédase luego dormido, i si alguien le pregunta cómo ha estado la música: Así, así, responde; es difícil juzgar de una ópera sobre una sola representacion; sin embargo, aplaudieron mucho. Cuando

ha oído la ópera algunas veces, no deja de seguir entre dientes aquellos trozos que ha logrado recordar, lleva el compás con la cabeza i un pié, para lo cual mira préviamente al director de orquesta, i le suplica a su vecino que ponga atencion (apesar de lo mui atento que está) en tal parte, que es sublime, i miéntras la ejecutan, revela su rostro extraordinario entusiasmo, que al fin estalla en aplausos a dos manos, i pregunta mirando a todos lados con aire de gran satisfaccion, como si él fuera el autor: ¿No es verdad que esto es magnífico?

El *inteligente* es verdadero o falso. Nada puede decirse de aquél a causa de su modestia, i así, me ocuparé únicamente en el segundo. Ahora el asunto es mas sério, porque este caballero suele tocar algun instrumento, no falta a las representaciones líricas, forma parte de diversas sociedades musicales i siempre se le ve a la cola de los profesores de música que están mas en boga. Lo que distingue al inteligente es su profunda convicción de que tiene gran conocimiento de la música i un excelente criterio musical; es, en consecuencia, un buen pedante. Véanlo ustedes en el teatro; reparen bien esa cara imparcial i severa como quien no se deja arrastrar por la parte dramática; ese jesto de indiferencia cuando el artista agrega sus *fiorituras*; ese ceño cuando la orquesta ejecuta algunos acordes graves i sucesivos que a él se le ocurren de complicada armonía, por lo cual les encuentra un cierto saborcillo clásico; esa horrible mueca al oír un desentono; esa sonrisa compasiva o ese mal comprimido enojo cuando el público aplaude un trozo que no vale la pena o no estalla en aplausos despues de algun rasgo de sublime inspiracion; ese.... i las cualidades comunes a todos los tontos. Ha caído el telon, i ya tienen ustedes al inteligente conversando con el director de orquesta, i coje la partitura, i la deja, i busca modo de que todos le vean para que se advierta que él no es un aficionado vulgar. Por de contado, es partidario nato i neto de la música clásica alemana, la única que le agrada, la única que descubre a su imaginacion vastos horizontes i sume su alma en profundas reflexiones. Al oírle, es de creer al inteligente mui versado en dicha música, pues habla de Haydn, de Mozart i de Beethoven como de Quintana i Campoamor un poeta, i si uno averigua lo que hai tras de tanto aparato científico, se encuentra con sola una buena porcion de fatuidad. No conoce mas música alemana que dos o tres sonatas en cualquier bemol que ha oído tocar, i, discutiendo por analogía, diserta con la extension que requiera la paciencia del oyente sobre toda obra clásica. Si se le pide su opinion respecto de *Lucia*, *Norma* u otras obras maestras italianas, responde que esas óperas tienen algun mérito, ni mas ni menos que si les hiciera, al decir esto, un gran favor a sus autores. De las óperas de Rossini dice que quedarian bastante regulares si se les sacasen algunas notitas que andan de mas; aborrece a Ver-

di por el infeliz papel a que ha reducido la orquesta, i confiesa, haciendo un esfuerzo, que la ópera cómica no le desagrada, sin que por eso la estime en algo.

La música relijiosa es otro de los temas del intelijente por dos razones: es la primera, la ignorancia jeneral que existe sobre dicha música, i la segunda, es el sabor alemán que le encuentra por su gravedad. I así, suele verse en las iglesias, apoyado en las pilastras, a tal cual intelijente de rostro severo que medita profundamente, no sobre el *vanitas vanitatum*, sino sobre el canto llano o los pausados i majestuosos sonidos del órgano. No saca gran cosa en limpio de sus reflexiones, pero ya tiene para hablar durante media hora de un *Agnus Dei* o un *Credo*.

I lo mejor del caso es que los tales intelijentes, siempre que de música se trata, gastan unos fueros i hablan con tal autoridad, que el que nada dice sobre lo que ignora se ve en la precision de cederles el campo, i de no hacerlo así, corre peligro de verse abrumado con el peso de toda la familia Bach, de Mendelsshon, Weber, Haendel, etc.

No crea el lector que exajero en lo que dejo apuntado: converse un rato con el primer intelijente que haya a la mano, para lo cual solo necesitará estirar el brazo, i pronto se convencerá de cuán cierto es lo que llevo dicho.

Los individuos que han hecho un viajecito a Europa forman una division especial de intelijentes. Vuelven de esos mundos sumamente aficionados a la música de Offembach, Hervé, Lecocq, i cuentan maravillas de la gracia i despejo de los artistas franceses, i mui especialmente de las mujeres. Mas, este gusto no es lo que propiamente los caracteriza, sino los aires que se dan de grandes concedores del mérito artístico de los cantantes. Como ellos dicen que no faltaban al teatro cuando cantaba la Patti o la Nilson, compréndese fácilmente por qué encuentran detestables las compañías líricas que aquí llegan. Nos dicen, sin embargo, para consolarnos, que no podemos exigir mas de lo que tenemos, pues nuestros oídos....

El simple ejecutante sabe tocar mas o ménos bien un instrumento, en lo cual se diferencia del puro aficionado, i, por otra parte, carece de la pedantería i talvez de los conocimientos histórico-musicales del intelijente: en esta division están comprendidas la mayor parte de las mujeres aficionadas a la música. El simple ejecutante no hace alarde de sensibilidad musical ni se entremete en discusiones sobre cuál es la mejor de las escuelas: en cuanto está a sus alcances, reconoce el mérito de cada una de ellas, i oye con igual placer las obras maestras que han producido. No critica la manera cómo tocan los demas, i así nadie teme tocar en su presencia, lo cual no sucede con el intelijente, a quien le tienen, con especialidad las niñas, un terror pánico. Por lo que

respecta a los instrumentos predilectos del ejecutante i a la música de su aficion, me refiero a lo dicho anteriormente.

III.

LA ÓPERA EN EL TEARO.

Como dejé apuntado, solo hai un teatro lírico entre nosotros, i éste nada nos hace avanzar en cultura musical. En efecto, el repertorio que ahora hai es mas o ménos el mismo que tenia el teatro en años atras. Ahora, como ántes, Verdi reina en él casi de una manera absoluta, i nadie debe ignorar que su nombre no entra en la lista de los grandes jenios, apesar de que con *Aida* ha dado un gran paso para acercarse a ellos; i (cosa inconcebible en un teatro que ha popularizado a Verdi hasta el punto de que para muchos individuos no tiene rival) solo conocemos de nombre su obra maestra, aun cuando hace ya seis años que es representada.

Quiebran las Empresas, renuévanse las compañías, transcurren los años, cierra i abre sus puertas el teatro, i *Rigoletto*, *Hernani*, *El Trovador* i *La Traviata*, (ésta sobre todo) continúan siendo el pan nuestro de cada dia para los que frecuentan el teatro. Clama el público, dice que ya está aburrido a mas no poder, i la amable Empresa, teniendo siempre en vista el público interes, anuncia en los carteles: *Para mañana, La Traviata, a petición jeneral. ¿Llega de Europa una soprano? Hará irremediamente su estreno en La Traviata. ¿Llega un tenor, un barítono, una contralto? Ahí están El Trovador i Rigoletto para lo que se ofrezca. ¿Se anuncia una ópera distinta de esas? Pues, téngase por seguro que de cinco veces las dos, se le ocurre indisponerse a uno de los artistas: esta circunstancia, que no puede preverse, trae el cambio consiguiente, i uno, mui confiado en el aviso del diario, gasta su plata i se encuentra con la gran novedad del *Hernani*.*

Donizetti con *Lucía*, Bellini con *Norma* i Meyerbeer con *Roberto el Diablo*, hacen tambien los gastos en todas las temporadas teatrales; pero, al fin i al cabo estas obras son maestras, i apesar del grandísimo número de veces que han sido representadas, sentirian todos verlas dejar la escena. Agréguese a los autores ya citados los nombres de Flotow, Marchetti, Gounod, i mas o ménos se tendrá exacta idea de nuestra cultura musical. De pro-

pósito no he citado a Rossini, porque no puede decirse que se conoce a un autor de quien solo se ha visto un lado: de las obras maestras de ese gran genio solo conocemos *El Barbero de Sevilla*, que cada vez se representa de un modo mas detestable. He oido decir que hace muchos años se dió *Guillermo Tell*; pero esto ya no vale. Omito citar otras pocas óperas, las mas de ellas de orden inferior, que han subido a las tablas i vuelto a bajar mas que de prisa. I para que se vea cómo adelantamos en el conocimiento de los grandes maestros, mírense esas tres óperas nuevas que se han dado en este año precedidas de grandes anuncios: ¡*Los Lombardos*, *Esmeralda* i *La Fille de Madame Angot*! El público ha recibido con merecida indiferencia las dos primeras, i tengo la seguridad de que si no hubiera sido por los recuerdos que dejó esa pobre compañía francesa que dió a conocer *La Fille Angot*, no habria despertado su aparicion ni la mitad del entusiasmo que ahora se tiene por ella i que va disminuyendo sensiblemente.

I lo singular es que cuando llega una nueva compañía, se cuida las mas veces de avisar que los artistas cantan por primera vez las óperas que son nuestro cotidiano alimento. ¿Por qué, pues, así como estudian esas óperas que todos conocemos *da capo al fine*, o esas otras que nadie desea oír por ser de orden inferior, por qué, digo, no se representan algunas de esas obras maestras que todo el mundo admira i que nosotros solo de nombre conocemos? Nadie vacilaria en preferir que se diera una sola ópera nueva en todo el año con tal que fuera *Guillermo Tell*, *Semiramis*, *La Gazza Ladra*, *La Muetta de Portici*, *Don Juan*, *Freyschutz*, a que se dieran cinco o mas como las de este año.

Salvo las excepciones ántes expresadas, nada conocemos de los grandes maestros alemanes i franceses, apesar de que el público ha dado mui claras muestras de sus simpatías hácia los últimos por su música llena de novedad, de gracia i agudeza. No sé si la abundancia de artistas que hai en Italia será la causa de que sean forzosamente italianas las compañías líricas que vienen al Teatro Municipal, pero, bien valia la pena de gastar algo mas (gasto que de seguro seria reembolsado) en traer una buena compañía francesa que popularizara a Auber, Méhul, Boieldieu, Halévy, etc., lo cual no seria inconveniente para seguir admirando a Donizetti, Meyerbeer, Rossini, porque, como es sabido, escribieron para el teatro frances algunas de sus mejores óperas.

I acabo con lo que principié, conviene a saber: que nuestro teatro no contribuye en nada al adelanto musical; lo único que hace es mantenerse a flote con unas pocas óperas, i presentar de cuando en cuando algunas de mérito inferior para que el público no se aburra demasiado con la monotonía. Yo, a la verdad, no encuentro el menor fundamento a las quejas que suelen oírse por la indiferencia del público en asistir al teatro; al contrario, me

parece que tiene sobrada razon, ya que las empresas olvidan que en su propio negocio va envuelto un interes público.

IV.

A PROPÓSITO DEL TEATRO.

¿Tiene algo de particular que las niñas vayan al teatro con mayor o menor frecuencia? Esta pregunta ha sido, es i será materia de grandes discusiones entre madres e hijas. Estas sostienen primeramente que las niñas van al teatro con el solo objeto de oír música: pensar otra cosa es absurdo; que como se va por la música, nada tiene de particular que se vaya; que los confesores no van al teatro, luego no pueden saber cómo es eso: sus temores son infundados i no debe hacerseles caso en esto; que si hubiera algo poco decente ¿dónde se encontraría una niña que fuera a mirar eso? La señora, meneando la cabeza con aire de duda, se encastilla en: "Así será; pero . . . en fin, no me gusta." No se atreve a dar mas explicaciones por no ofender la inocencia de sus hijas.

Estamos en el teatro.

¿Ven Uds. a esa niña con una rosa encarnada en el pecho i que vuelve la espalda al proscenio? Desde que principió la funcion no ha hecho otra cosa que mirar con un disimulo digno del mayor elogio a una cabeza negra que se destaca en la platea entre un mar de calvas.

¿Ven a esotra que con el oido atento, parece que no pierde una sola nota de esa ária? Pues, no se le ha escapado una sola palabra de la conversacion que tiene un jóven con la niña del palco vecino.

¿Distinguen Uds. a aquella que pasea distraidamente sus miradas por el teatro, llevando casi imperceptiblemente el compas con la cabeza? Podria, si se lo pidieran, dar cuenta minuciosa del vestido i de los adornos que llevan las niñas que asisten a la funcion.

De pronto fijan las tres su mirada en el proscenio: se canta el gran duo de *Los Hugonotes*. Ahora piensan ellas que harian mucho mejor el papel de Valentina si hiciera el de Raoul. . . . La niña de la rosa encarnada mira con tiernísimos ojos la cabeza

negra; ésta se echa repentinamente hácia atrás i dos ojos que nada tienen de particular se fijan en el palco: verificase el fenómeno conocido con el nombre de *mirada de amor*; i la niña queda en la íntima convicción de que se han comprendido. Sin embargo, el de la cabeza negra miró distraidamente: estaba pensando en que de buenas ganas seria el Raoul de la Valentina que está en el proscenio.

La niña dirá mas tarde, al oír las exajeradas alabanzas que una su hermana de quince años hace al duo, que su música le recreó únicamente los oídos; pero no sintió ninguna de esas cosas...; mas impresion le hizo el coro de la bendición de los puñales.

B. es una niña que iba mui pocas veces al teatro; pero, en cambio, se levantaba temprano, oía misa diariamente i se confesaba con la frecuencia debida. Su padre compró palco, i ella asiste ahora a casi todas las funciones: no se levanta temprano ni oye misa con el pretexto de que le hace falta el sueño; hace dos semanas que, según su costumbre, debía haberse confesado i no lo ha hecho, i ha acertado considerablemente sus oraciones de la mañana i de la noche. B. sostiene, sin embargo, que si ella conociera que el teatro le enfriaba su fervor o la apartaba de las prácticas piadosas, como se lo ha advertido el confesor, no vacilaría en dejar de ir allá.

C. es mui candorosa: ha vista mas de veinte veces *La Traviata* o el *Rigoletto* i no tiene la menor idea del argumento de esas óperas, ni procura explicárselo: ménos entiende todavía la parte musical. Durante toda la función se ocupa en mirar aquí i allá, en conversar con su novio o con las amigas. En su casa toca detestablemente un *potpourri* de *La Traviata*, i, cada vez que se presenta la ocasión, se admira de que haya quienes crean que las niñas no van al teatro únicamente por la música.

Santiago, noviembre 30 de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

ECOS DE LAS MONTAÑAS.

BIBLIOGRAFIA.

Escasísimo es el tiempo, pero no quiero dejar pasar en silencio la última publicación que ha venido de allende los Andes a ser una nueva joya para la americana literatura.

Parece que un pueblo criado a la sombra de otro, poderoso i lleno de gloriosos antecedentes, debiera en todo imitar a éste, i debieran también sus producciones ser un reflejo, o mas bien una continuación de la madre patria que fué su conductora i su guía.

No ha sucedido esto, empero, a la América del Sur. Sus bosques inmensos i cubiertos de flores, sus palmas, sus montañas, elevadas hasta el cielo i envueltas en su manto perpétuo de nieves i de hielos, sus ríos, los mas grandes del mundo, sus pampas i los mares tranquilos que bañan sus costas, la naturaleza tan pródiga i tan excepcional, todo ha tendido, en fin, a dar a sus habitantes un carácter peculiar i propio.

Los americanos sienten, i sienten a su modo.

Ardientes, como el sol que dora los campos del Ecuador, tienen, en medio de sus arrebatos, ciertos rasgos fríos i severos, que hacen resaltar mas aun el primer sentimiento. I ello no es raro. Del medio de nuestros campos de trigo, se elevan esas jigantes montañas que duermen en las nubes. En éstas, todo es frío i soledad, en aquéllos, luz i alegría. Así el americano tiene corazón fogoso como el que mas; pero al propio tiempo tiene también una razón fría i severa.

El clima i la conformación del suelo ejercen una extraordinaria influencia en los caracteres. Todo entra en el orden admirable de la naturaleza.

Largo va esto ya para prólogo; pero juzgo que los que han leído los *Ecos de las Montañas*, de Delgado, comprenderán por qué se ha escrito.

Es indudable que nuestra *América Poética* es la voz de una literatura que tiene mucho de propio; los nuevos escritores i, sobre todo el que ahora nos ocupa, han dado mas campo a esa originalidad. Siento que el tiempo escaso siempre, i mas ahora, me impida, como al principio observé, entrar en detalles i examinar una por una algunas de las bellísimas composiciones que tienen por modesto título *Ecos de las Montañas*. Sin embargo, i apesar de mis resoluciones, no puedo dejar de citar *Nuestra historia*, *Las Pampas*, *Morirás en fin*. La última, a mi modo de ver, no reconoce superior en nuestro nacional Parnaso. Es un idilio tan